LÉXICO Y TRADUCCIÓN: A PROPÓSITO DE LA LENGUA FRANCESA MEDIEVAL

JOSÉ M. OLIVER FRADE
UNIVERSIDAD DE LA LAGUNA

Si bien es realmente difícil resumir en pocas palabras la diversidad de factores que intervienen en la traducción -ya que cada vez son más numerosos los trabajos que desde distintos puntos de vista y disciplinas se dedican a la teoría de la traducción- permítanme que, como punto de partida, haga una simplificación de esta aparen temente sencilla, pero en verdad compleja actividad, y me limite a destacar las dos principales fases que comporta el proceso traslativo (García Yebra 1982: 30):

1ª. *Fase receptora*, consistente en analizar y comprender -en la medida de lo posible- el texto original (ya sea oral o escrito; es decir, entendido como producto del habla). En esta fase de comprensión el traductor realiza una actividad semasiológica.

2ª. *Fase reproductora*, en la que, con elementos de la lengua receptora o terminal, se construye un nuevo texto y se expresa o traslada el mensaje o contenido (incluido, a ser posible, el estilo) del texto original. En este caso el traductor desarrolla una actividad onomasiológica.

A continuación voy a centrar mi exposición en matizar diversas cuestiones ligadas fundamentalmente a la primera fase, aunque también expondré algunas reflexiones acerca de la labor reproductora del traductor.

Está comúnmente aceptado que comprender una lengua implica poseer la capacidad de reconocer, descifrar e interpretar unos signos lingüísticos y su contenido semántico. Pero al traductor esto sólo no le basta, puesto que con ello lo único que lograría sería una comprensión casi aséptica, mecánica: éste sería, prácticamente, el fundamento de la optimista «traducción automática». Para comprender bien una lengua (primera necesidad del traductor) es preciso, además (y entre otras cosas), conocer el contexto en que ésta se materializa, la relación entre los signos y sus usuarios (emisor y receptor) con sus circunstancias situacionales y socioculturales.

Si trasladamos toda esta cuestión al ámbito de la lengua francesa medieval y de la traducción de sus textos, nos encontramos con una serie de dificultades que, a menudo, se muestran casi insalvables.

En primer lugar hay que destacar la esencia misma de eso que llamamos «lengua francesa medieval»: una lengua muerta. Es decir, nos enfrentamos a una lengua cuyo sistema lingüístico sólo podemos reconstruir a partir de sus manifestaciones escritas, fundamentalmente a través de los textos literarios, ya que los documentos oficiales que se han conservado están redactados en una lengua formularia y estereotipada, y, por otra parte, no existe otro tipo de testimonios que nos puedan dar una visión más realista acerca de su funcionamiento en otros niveles (lo más cercano son algunas obras dialogadas de carácter cómico: farses, sotties, etc.), algo que sí ocurre en algunas lenguas clásicas: recordemos las inscripciones y pintadas del Partenón o de Pompeya, las comedias de Aristófanes o la correspondencia de Cicerón.

Por otro lado, la etiqueta «lengua francesa medieval» -además de resultar comprometida- también puede conducir a engaño, ya que bajo ese título se cobijan en

realidad dos estados de lengua muy diferentes, no consolidados y en constante evolución: el francés antiguo y el francés medio. Incluso podríamos ahondar más en esta problemática, pues en realidad en cada autor (por no decir en cada obra) está representado un sistema lingüístico distinto. Nos encontramos, así pues, ante una «totalité conflictuelle d'écritures» (Cerquiglini 1981: 11). Los *lugares comunes* de esas escrituras, los rasgos lingüísticos, las estructuras que se repiten en una y otra obra -sin desdeñar las múltiples variantes y modificaciones que se observan en los manuscritos- son los cimientos y pilares sobre los que se ha reconstruido el sistema de la lengua común que se utilizaba para escribir obras literarias durante la Edad Media francesa. Y sobre esto quiero resaltar otro aspecto fundamental: esa lengua que, más o menos, podemos llegar a conocer es una lengua literaria; es decir, que está sometida a los imperativos del hecho literario, donde se combinan el gusto y el estilo del autor con su competencia lingüística y su conocimiento o visión del mundo, a lo que hay que añadir, además, las exigencias métricas, vigentes durante largo tiempo.

Nos encontramos, pues, ante un sistema lingüístico del que sólo conocemos una parte: su realización escrita (literaria, para ser más exactos), pero del que ignoramos prácticamente todo respecto a su realización hablada, principal motor de la configuración de una lengua. Y, lógicamente, es imposible pensar en reconstruir la lengua hablada a partir de los textos escritos que nos han llegado, ya que éstos no representan más que un testimonio indirecto, probablemente engañoso, no sólo de la lengua que se hablaba tanto en las ferias, plazas y conventos como en los castillos y palacios de la Francia medieval, sino incluso de la realidad que se interpretaba a través de esa lengua. En definitiva, nos encontramos ante una lengua compuesta por textos de diferentes épocas, estilos y géneros, escritos por un grupo sin duda muy restringido de letrados (clérigos la mayoría) dirigida a un público igualmente restringido (Grisay & al. 1969: XII).

Todo esto nos conduce a plantearnos el principal escollo con el que nos tropezamos a la hora de tratar de comprender esta lengua muerta, y que no es otro que la falta de competencia lingüística o de intuición; esto es, la capacidad de discernir sobre la intelegibilidad y gramaticalidad de los enunciados. Y éste es un problema especialmente grave para el traductor, pues entiendo que traducir es comunicar (comunicar un mensaje de una lengua a otra), y todo acto de comunicación requiere un acuerdo entre emisor y receptor (en este caso entre texto y lector-traductor) sobre la relación de los signos con sus referentes extralingüísticos, sobre el valor y lugar que ocupan los referentes en el sistema de representación; se trataría, en definitiva, de compartir un mismo estado de lengua (Wagner 1974: 210), y ésta es una tarea imposible.

Podemos salvar, en parte, este abismo que nos separa del texto medieval a través del estudio y del contacto directo con los textos (de esta manera se ha reconstruido el sistema de la lengua medieval), pero en absoluto podremos conocer con exactitud el sentimiento del hombre o de la mujer de la Edad Media respecto a su lengua. Así, por ejemplo, ante una frase como la que aparece en el verso 37 de *La vie de Saint Alexis* (ms. L): «Puis ad escole li bons pedre le mist», podemos ser capaces de analizar cada uno de sus elementos y descifrar su significado. Pero si leemos ese mismo verso en otros manuscritos más tardíos: «Et li bons pedre a escole le mist», podemos preguntarnos por qué los copistas han alterado el orden de la oración: ¿tendrá algo que ver el hecho de que la conjunción et inicie la frase?, ¿modifica esta alteración, de alguna manera, el sentido del enunciado? Cuestiones que no tienen muy fácil respuesta.

También podemos vernos en un apuro ante los no poco frecuentes casos de homografía; baste pensar en términos como *dementer* («lamentarse» y «reflexionar») o en otros tan frecuentes como *que* (relativo y conjunción, que a su vez puede ser causal, final, etc.) o *car* («porque», «aunque», «pues»); por no entrar en casos debidos a la inestabilidad ortográfica del sistema (como sucede con *volt*, forma de presente y de indefinido de *voloir*). Normalmente el contexto nos ayudará a la hora de identificar con exactitud la forma en cuestión, pero en ocasiones podemos pasarnos algún tiempo antes de apostar por una de las posibles interpretaciones.

Bien, dando por supuesto que podemos adquirir la intuición suficiente como para interpretar y llegar a comprender las estructuras lingüísticas del francés de la Edad Media, no puedo dejar de señalar otras cuestiones -aunque no directamente relacionadas con el objeto de este trabajo- que también afectan a la labor del traductor de textos medievales.

Al principio de esta exposición comentaba que, del mismo modo que es preciso conocer el sistema lingüístico del texto, también hay que tener en cuenta el «medio» en que éste se ha producido. El texto medieval francés nace en la cultura propia de su época y, por consiguiente, es deudor de unas circunstancias muy particulares y de las que deseo subrayar algunos aspectos.

En primer lugar, es preciso señalar que la literatura en lengua vernácula surge en una sociedad cristiana, heredera y al mismo tiempo protagonista de una historia que construyeron galos, romanos y germanos, y que está organizada en torno a tres estamentos sociales: los que laboran, los que guerrean y los que rezan.

En segundo lugar, es de destacar que esa literatura entra en competencia -en un primer momento- con el latín, lengua que, si bien ya hacía siglos que agonizaba (por lo menos desde el punto de vista literario),[1] fue durante mucho tiempo la «lengua oficial» de la diplomacia y de la cultura (en manos, fundamentalmente, de la Iglesia) y, por supuesto, de la religión. No obstante, y sobre todo después del Concilio de Tours (año 813), la hegemonía del latín va a declinar rápidamente y, del mismo modo que la realidad impuso predicar en lengua vulgar, aquellos pocos que tenían la fortuna de saber escribir (los clercs y una minoría de la elite intelectual y social a la que paulatinamente se van añadiendo los *jongleurs*) se vieron llamados a hacerlo en la lengua que sus lectores o auditores podían comprender porque era la que utilizaban para comunicarse.

Otra peculiaridad de la literatura medieval estriba, precisamente, en que eran muy pocas las personas que sabían leer y escribir; de ahí que la oralidad jugase un papel determinante a la hora de *mettre en texte* la historia que se quería contar, ya fuera la vida de un santo, las hazañas de un valeroso conde o los amores de una reina con su sobrino. El escritor, poeta original o adaptador de historias antiguas, sabía que su obra -a pesar de estar escrita en la «lengua común»- no iba a ser leída, sino escuchada, y por ello debía buscar los recursos lingüísticos y estílisticos necesarios para que su público permaneciese atento.

Ni el espacio, ni el título de la comunicación me permite abordar con detenimiento otros aspectos anejos a la problemática del traductor de textos medievales, como podrían ser la cuestión de la transmisión de las obras, la dificultad de traducir las estructuras literarias, qué tipo de traducción hacer, a qué publico va

1. No obstante, es bien sabido que la literatura latina seguiría gozando del interés de muchos hombres de letras durante toda la Edad Media, y que resurgiría con brío con los humanistas del siglo XVI.

dirigida, etc. Baste señalar, a modo de resumen, que los dos principales problemas con los que se enfrenta el traductor a la hora de comprender (en un sentido amplio; es decir, situándonos en la «fase receptora») el texto medieval pertenecen a dos dimensiones distintas, pero inseparables: la comprensión lingüística (una de cuyas parcelas abordaré inmediatamente) y la comprensión contextual; es decir, conocer el medio histórico, social y cultural en el que la obra nace, ya que cuando se sitúe en la «fase reproduc-tora» deberá transportarnos a otra civilización, deberá mostrarnos otra visión del mundo.

Una esfera donde convergen obligatoriamente estas dos dimensiones es el plano léxico,[2] ya que en él se dan cita la realidad lingüística y la extralingüística.

Normalmente, el traductor, gracias a su competencia lingüística y a la ayuda del diccionario, es capaz de descifrar el significado de una palabra, pero para captar toda la esencia de su contenido y poderlo verter bien a la lengua terminal tal vez tenga que recurrir, además, a su competencia cultural (tanto en lo que se refiere a la lengua original como a la que traduce). En la mayoría de las ocasiones, esta empresa se salda exitosamente y no hay problema para asignar a cada unidad léxica de la lengua original su correspondiente en la lengua terminal.

Recurriendo únicamente a los conocimientos de la lengua y a la intuición lingüística podemos asignar su equivalente a palabras que no se han mantenido mucho más allá de la Edad Media; tal es el caso de *recreantise* («cobardía», «debilidad»), *druerie* («amor», «amistad») o *adouber* («armar»). Lo mismo podemos hacer con unidades cuyo significado dependía del contexto, como *assembler* («reunir»/ «entablar combate») o *rien* («criatura»/ «cosa»/ «nada»/ «algo»).

Sin embargo, tendremos que recurrir a nuestro conocimiento del mundo medieval y del léxico de la lengua terminal para poder traducir con precisión conceptos o realidades que hoy están en desuso y, por tanto, lo más probable es que no pertenezcan a nuestro universo cultural activo.

Así sucede, por ejemplo, con las diferentes unidades que designan distintas clases de caballos: al lado del genérico *cheval*, encontramos el *chaceor* (caballo robusto, fuerte y rápido a veces usado para la cacería), el *destrier* (montura de nobles que un servidor llevaba de la brida con la mano derecha), el *palefrois* (caballo manso propio de damas y eclesiásticos), o el *ronchin* (montura utilizada por los villanos); términos que con muy buen tino y rigor traduce Martín de Riquer[3] por «corcel» (*chaceor*), «bridón» (*destrier*),[4] «palafrén» (*palefrois*) y «rocín» (*ronchin*). Además de éstos, los textos nos hablan del *albain* («caballo blanco»), del *alfajois* («caballo árabe»), del *somier* («caballo de carga») o del *aubagu*, de cuya raza y características no tenemos noticia.[5]

Algo semejante ocurre, por ejemplo, con el vocabulario de la vestimenta, a través del cual se describen prendas y tejidos, la mayoría inusuales hoy en día.

---

2. No creo necesario incidir en la prioridad de este plano para el traductor; remito para ello a Mounin (1977) y a García Yebra (1982).

3. Chrétien de Troyes, *Li Contes del Graal. El cuento del Grial*, texto original, trad., introd. y notas por Martín de Riquer, Barcelona, El Festín de Esopo, 1985, 89.

4. Carlos Alvar, Victoria Cirlot y Antoni Rossell traducen *destrier* por «destrero»: véase su ed. de *Erec y Enid*, Madrid, Editora Nacional, 1982, 50, nota 16.

5. Así lo confiesan los mencionados autores en su citada ed. de *Érec et Énide*. Un análisis sémico (no muy exhaustivo) sobre las monturas animales se debe a Bonan-Guarriges & Élie (1971).

Fijémonos, a modo de ilustración, en algunas prendas del vestuario militar, profusamente citado en las *chansons de geste* y en los *romans courtois*. El caballero medieval disponía de la *broigne* («rodela»), del *haubert* («loriga»), que podía ser de *mailles tresliz* («malla terliz») y debajo de la cual podía llevar una *gambaison* («gambax», especie de jubón). Cuando el traductor -pensemos en el español como lengua terminal- se encuentra ante un vocabulario especializado (como es el caso) recurre, en primer lugar, a su intuición lingüística y a su conocimiento del léxico del francés medieval; luego tendrá que valerse de sus conocimientos sobre la civilización medieval para definir el concepto y, por último, encontrar un referente en su lengua. Todo eso le lleva a poder traducir *broigne*, *haubert*, *maille tresliz* o *gambaison*, si bien muy probablemente el lector de su versión tenga, a su vez, que «hacer una nueva traducción» consistente en buscar en el diccionario «rodela», «loriga», «malla terliz» y «gambax» para captar toda su significación, ya que probablemente serán palabras ajenas a su léxico activo.

Con estos ejemplos he querido llamar la atención sobre la necesidad que tiene el traductor de conocer el universo en que se ambienta la historia del texto y en el que éste se produce, además de poseer una gran competencia léxica de la lengua terminal.

Mi principal intención con esta comunicación es, sin embargo, la de llamar la atención sobre otras cuestiones más delicadas y cuya solución no siempre resulta sencilla.

Debo confesar que uno de mis fantasmas a la hora de acercarme a la lengua medieval es el de la lejanía que uno padece respecto a lo que verdaderamente sentía el escritor; es decir -como señalaba hace un momento- la imposibilidad de participar del mismo sentimiento lingüístico, de compartir el mismo código.

Esta inquietud muestra su apogeo ante palabras de la misma familia léxica y, sobre todo, ante lo que se suele calificar como «sinónimos». Sin entrar en la polémica que conlleva esta denominación,[6] creo que dos unidades siempre representarán, por muchos semas que compartan, una «desigualdad semántica». Y esta desigualdad -que casi siempre salta a la vista en una lengua cuyo código dominamos- no es tan fácil de probar en una lengua como la que aquí nos ocupa. Por otra parte, esta dificultad se acrecienta más a la hora de traducir -y sospecho que aún es mayor cuando se trata de traducir entre lenguas procedentes de un tronco común (como es el caso entre el francés, medieval o no, y el español)- ya que el significado de muchas de esas unidades ha evolucionado de manera diferente a partir de un mismo étimo, y la trampa de los *faux amis* puede resultar mortal.

Nos puede ilustrar a este respecto la pareja *duel / dolor*, normalmente traducidas por «dolor», pero que denotan por regla general «dolor psíquico» en el primer caso y «dolor físico» en el segundo. Al aparecer separadamente, cada lexema se actualiza en su contexto y el traductor puede muy bien traducir ambos vocablos por el genérico «dolor», siendo el lector el encargado de darle el matiz o la interpretación conveniente. Sin embargo, cuando coinciden en un mismo contexto la solución no es tan sencilla. Tomemos uno de estos casos en el *Tristan* de Béroul y veamos su solución en dos de sus versiones en español:

---

6. El criterio general entre los semantistas es que los sinónimos no existen; sin embargo, la unanimidad no es total al respecto (véase Salvador 1985). Trujillo (1989) trata esta cuestión en el marco de la traducción.

Ahi! Tristran, si grant *dolors*
Sera de vos, beaus chiers amis,
Quant si seroiz a destroit mis!
Ha! las, quel *duel* de vostre mort! (vv. 844-847)

La traducción de R. Ruiz Capellán[7] es la siguiente:

¡Oh Tristán, cuán gran *dolor*,
habrá por vos, bueno y querido amigo,
cuando, así, seáis entregado a la tortura!
¡Ay, qué *duelo* de vuestra muerte!

Y ésta es la traducción de V. Cirlot:[8]

¡Ay Tristán, Tristán, buen querido amigo, cuánto *sentiremos* vuestra muerte! ¡Ay qué dolor!

Sin duda, la primera traducción es más literal, y la solución que aporta al problema que hemos planteado es del todo correcta: «dolor» y «duelo» responden exactamente al contenido semántico de *dolors* y *duel*. La segunda versión -completamente libre- hace que el matiz «psíquico» que tiene *dolors* en este contexto se manifieste a través del verbo español «sentir», con lo cual no tiene que reproducirlo al traducir *duel*.

En otro texto de la misma época, *Piramus et Tisbé*, se presenta la misma pareja:

Et devisent en lor corage
Lor *duel*, lor mort et lor domage.
Il ont andui ioie et *dolour*,
Mes toutes ores vaint Amour. (vv. 627-630)

La traducción (inédita) es:

Y advierten en su corazón
su *sufrimiento*, su muerte y su ruina.
Ambos sienten alegría y *dolor*,
mas siempre vence Amor.

Esta versión es fruto de dos borradores previos hechos por personas distintas;[9] en uno de ellos *duel* se traducía por «duelo», que finalmente se descartó al considerar

7. Béroul, *Tristán e Iseo*, ed. de Roberto Ruiz Capellán, Madrid, Cátedra, 1985 («Letras universales»).

8. Béroul, *Tristán e Iseo*, ed. de Victoria Cirlot, Barcelona, PPU, 1986 («Textos medievales»).

9. Estas versiones se deben a Elena Llamas (*«Piramus et Tisbé», poème français du XIIe siècle: traduction et étude rhétorique*, tesis de Licenciatura, U. de Salamanca, 1989) y José M. Oliver (*«Piramus et Tisbé»: traducción y estudio lingüístico*, tesis de Licenciatura, U. de la Laguna, 1982, y *Estudio de «Piramus et Tisbé»: fonética, morfosintaxis, léxico*, tesis doctoral, U. de La Laguna, 1990). En la actualidad ambos profesores preparan la edición de la traducción de esta obra y otras *ovidiana* francesas del siglo XII.

que «sufrimiento» resapondía mejor al sentido del texto, lo que no deja de ser una elección totalmente subjetiva.

Un caso similar a éste es el de *grace* y *merci*, que a pesar de tener cada uno un significado preciso suelen ser, en determinados contextos, «cuasi-sinónimos». Para el traductor el problema está, como en el caso anterior, cuando se presentan juntos.

Veamos un ejemplo en el *Tristan* de Béroul:

> Quant out oï parler sa drue,
> Sout que s'estoit aperceüe.
> Deu en rent *garces* et *merci*,
> Or set que bien istront de ci. (vv. 97-100)

Está claro que el sentido es el mismo; en ambos vocablos está presente la idea de agradecimiento, pero hay «algo» que los distingue, que los opone: en el sistema lingüístico que rige la lengua de Béroul hay «algo» que permite que se puedan presentar juntos; probablemente será un ligero matiz, pero diferenciador en cualquier caso. La dificultad, aquí, no es tanto para el lector -pues aunque no sea capaz de captar con exactitud el significado de una y otra palabra, al menos comprende el mensaje- como para el traductor, que debe transpolar esa oposición a otra lengua; lo malo es que, por el momento, no sabe exactamente de qué oposición se trata. Y esto lo han sufrido los dos traductores españoles de Béroul. La versión de Ruiz Capellán dice:

> Cuando hubo oído hablar a su amiga,
> comprendió que ella lo había advertido,
> a Dios rinde *sinceras gracias*.
> Ahora ya sabe que saldrán bien de ésta.

En la de Victoria Cirlot leemos:

> Después de haber oído hablar de aquel modo a su amiga, comprende que ella se había dado cuenta. Le da *gracias* a Dios, pues sabe que saldrán bien de aquella situación.

En ninguna de las versiones se traducen los dos vocablos. No obstante, en la primera el traductor hace gala de su ingenio (obligado en este oficio) y con un afortunado adjetivo sale airoso del atolladero. El recurso utilizado aquí es el de una especie de matización intensiva.[10]

Situaciones semejantes a las que acabo de describir se suceden con frecuencia en los textos franceses medievales, como bien deben saber los que se hayan dedicado a su traducción; en este pequeño trabajo simplemente me he limitado a sacar a colación algunas de ellas.

No obstante, estoy obligado a señalar que hay medios para tratar de paliar este tipo de problemas; Berta Pico, en este mismo volumen, destaca algunos de los principales (recurso a los diccionarios y al contexto, confrontación con otras obras, etc.). Por otra parte, debo destacar la existencia de minuciosas investigaciones que arrojan mucha luz sobre este tipo de problemas y, por tanto, pueden ser de gran ayuda para el traductor. Así, por ejemplo, los trabajos sobre la red léxica de la «alegría» (*joie*, *leesce*, *deduit*, *solaz*, etc.), sobre la del «dolor» (*duel*, *dolor*, *peine*, *mal*, etc.), sobre el

10. Paul Imbs interpreta este tipo de cadenas sinonímicas como un recurso para expresar el grado superlativo.

campo semántico «mujer» (*femme, oissor, espouse, moillier, dame, damoisele, pucele, fille, touse, meschine*, etc.), sobre «ira» y sus redes léxicas (*ire, maltalent, corrouz, duel, dolor, enui, rancune*, etc.), sobre el contenido «abrazar» (*acoler, embracier*), sobre el significado «golpear» (*ferir, batre, boter, hurter, froissier, casser, colper, roissier*) y algunos otros trabajos que incluimos en la relación bibibliográfica que cierra el presente artículo.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

Bonan-Guarrigues, M. & Élie, J. 1971. «Essai d'analyse sémique. Étude de deux champs sémantiques de l'ancien français» *Cahiers de lexicologie* 19, 70-93.

Cerquiglini, Bernard. 1981. *La parole médiévale. Discours, syntaxe, texte*, París, Minuit.

Chaurand, Jacques. 1987. «Le verbe *mener* en ancien français. Étude syntaxo-sémantique» *Cahiers de lexicologie* 50, 55-69.

García Yebra, Valentín. 1982. *Teoría y práctica de la traducción*, Madrid, Gredos, 2 vols.

García Yebra, Valentín. 1983. *En torno a la traducción. Teoría, crítica, historia*, Madrid, Gredos.

González Doreste, Dulce Mª. 1986. «Estudio del campo semántico 'golpear' eb la narrativa francesa del siglo XII» *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 5, 145-157.

González Doreste, Dulce Mª & Oliver Frade, José M. 1986. «Notas sobre un cambio semasiológico» *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 5, 159-166.

González Doreste, Dulce Mª 1991. «Las denominaciones de la mujer en los *Lais* de Marie de France» en Roberto Dengler (ed.), *Estudios humanísticos en homenaje a Luis Cortés Vázquez*, Salamanca, Universidad de Salamanca, I, 331-343.

Grisay, A., Lavis, G. & Dubois-Stasse, M. 1969. *Les dénominations de la femme dans les anciens textes littéraires français*, Gembloux, Duculot.

Kleiber, Georges. 1978. *Le mot «ire» en ancien français (XIe-XIIe siècles). Essai d'analyse sémantique*, París, Klincksieck.

Miranda Tacoronte, A. 1985. «Estudio del campo semántico 'entendre' en francés antiguo» *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 4, 159-175.

Miranda Tacoronte, A. 1987. «Estudio del campo semántico 'voir' en francés antiguo» en *In memoriam Inmaculada Corrales*, La Laguna, Universidad de La Laguna, I, 337-355.

Mounin, Georges. 1977. *Los problemas teóricos de la traducción*, trad. de J. Lago Alonso, Madrid, Gredos (2ª ed. rev.).

Oliver Frade, José M. 1987. «Consideraciones sobre la relación semántica de *fleche* y *saiete* en francés antiguo» en *In memoriam Inmaculada Corrales*, La Laguna, Universidad de La Laguna, I, 357-370.

Oliver Frade, José M. 1991a. *Estudio de «Piramus et Tisbé»: fonética, morfosintaxis, léxico*, La Laguna, Universidad de La Laguna.

Oliver Frade, José M. 1991b. «Apuntes lexicológicos sobre la historia de *larmoyer* y *pleurer*» *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 10, 315-328.

Pico Graña, Berta. 1985. «*Salut de bouche et de braz* en francés antiguo. Alteraciones de la microestructura léxica» *Revista de Filología de la Universidad de La Laguna* 4, 145-158.

Pico Graña, Berta. 1991. «La alegría y su expresión en los textos de Chrétien de Troyes» en Roberto Dengler (ed.), *Estudios humanísticos en homenaje a Luis Cortés Vázquez*, Salamanca, Universidad de Salamanca, II, 671-687.

Picoche, Jacqueline. 1987. «La *grâce* et la *merci*» *Cahiers de lexicologie* 50, 191-199.

Salvador, Gregorio. 1985. «Sí hay sinónimos» en *Semántica y lexicología del español*, Madrid, Paraninfo, 51-66.

Trujillo, Ramón. 1989. «Semántica y traducción» *La Página* 2, 66-79.

Wagner, Robert-Léon. 1974. *L'ancien français. Points de vue, programmes*, París, Larousse.